

Llegó febrero y levantó el tiempo. Los días se alargaron. Las niñas del Femenino se tumbaban en el césped pidiendo al sol que broncease la piel de nieve del invierno. Con la tibieza de la temperatura el personal parecía salir de su cubículo y moverse como la savia que presiente la primavera. Entre aquellos novatos de meses atrás había gente curiosa, digamos de difícil clasificación. De los de Agrónomos, varios lo habían intentado el año antes en la Escuela de Industriales de Sevilla. Durísima, inatacable. Por ella anduvieron algunos como Arteaga, El Cheli, Navarrete o el mismísimo Princetón. Lo volvieron a intentar en Córdoba al año siguiente, aunque tras el primer día de clase sabían que se habían equivocado de puerta. Algo así como una segunda oportunidad que había pospuesto varios meses la presencia del toro en forma de examen en el portón de los sustos de cada uno. Amparados en la siempre generosa y crédula anuencia de sus familias, no parecían ser conocedores de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Princetón, uno de estos, era un tipo de los del Masculino a secas. Rechoncho, tripón, con andares de anátida que se sacude el agua al salir de una laguna. Nariz porretona de puntos sebáceos como alfileres negros pinchados en un acerico. No usaba fijador, sino la misma grasa del pelo hacía las veces. Y aún más: era refractario al aseo y a la mudanza de ropa al igual que las criaturas del bosque huyen del fuego. Remataban su atuendo unos zapatos Gorila negros y una camisa de mancha sobaquera. Sobra decir que el bar y el Femenino eran lugares donde a él poco se le había perdido. En cambio, sí era cliente asiduo a la oscura sala de televisión del Masculino, donde gustaba especialmente de jalearse los partidos de fútbol. Se contaban cosas de él. Al comienzo del curso, un día de clase en la Escuela -de

Agrónomos, se entiende- fue a sentarse en el primer banco como si quisiera beberse de un trago la Carrera. Haciendo méritos. Ya se sabe, el que da primero da dos veces. Eso pensaba él en su inocencia. Llegó Valdelomar y con su rostro agriado llenó la pizarra de números. Al poco, la tiza empezó a acabarse. Mandó al que estaba en primera fila a por un paquete. Y era él, Prinetón. Busca al Conserje, le dijo intempestivo a quien -novato en la Escuela- apenas sabía orientarse por los pasillos subterráneos de las clases de primero. Valdelomar -apurando el resto de tiza- acabó de llenar la pizarra de funciones matemáticas y con cara de impaciencia aguardó a que el recadero trajera el paquete de marras. Pero Prinetón no llegaba. Cinco minutos, diez. Valdelomar sin dirigirse a los alumnos, con las manos atrás, recorría el aula de un lado a otro. Molestísimo por la tardanza que le hacía perder su tiempo tan precioso, descompuesto -como si lo llevaran los mismísimos diablos esposado al Averno- mostraba a las claras que lo suyo no era la comunicación con los alumnos en esos ratos muertos, inesperados. Silencio sepulcral en el aula. Al cabo de un tiempo que al Catedrático se le hizo insoportable -y a los alumnos eterno- se abrió la puerta y apareció la figura oronda y cachazuda de Prinetón. *Pero, ¿qué has hecho?* gritó con voz áspera Valdelomar. *¿A dónde has ido por las tizas? ¿Qué pasa, que necesitas un día entero para encontrarlas? ¡Dámelas! ¡Rápido!* Y fue entonces que el neófito osó a hacer lo que nadie imaginaba. Contestó así al Catedrático: *Hombre, mire usted, D. Andrés, yo he tenido que andarme la Escuela entera para encontrar a un Conserje. Y no aparecía ninguno. Y resulta que ahora me tengo que fastidiar y no me entero de todo lo que ha escrito usted en la pizarra. Así que no le doy el paquete de tizas hasta que me lo explique a mí sólo para copiarlo en la*

libreta. Y se quedó tan pancho. A Valdelomar le sobrevino un ataque de ira, faltando una pestaña para que se abalanzase sobre él. Estupor enorme en el resto de la clase. Tras un tira y afloja como de chalán que regatea la venta de un borrico, por fin, a regañadientes, cedió Princetón y entregó las tizas. Los ojos celestes, germánicos, despectivos hasta el infinito de Valdelomar parecían expresar *¿Cómo es posible que gente de esta calaña se haya podido matricular en la Escuela? ¡Qué bajo hemos caído!* Pero, claro, él no sabía cómo era aquella tropa del setenta y ocho. Huelga decir que Princetón, tras aquel incidente, jamás logró aprobar un parcial de Cálculo a pesar de copiar con mucha constancia los apuntes en su cuaderno azul de gusanillo. Tampoco volvió a sentarse en el primer banco. Luego, en el Colegio, ya almorzando juntos los novatos de Agrónomos, fue su comportamiento inesperado el tema del día. El Cheli le dijo: *Hay que ver, Princetón, los cojones que le has echao esta mañana a Valdelomar*. Y respondió el ventrudo después de zamparse un plato de cocido: *Hombre, a mí me va a mandar a por tizas como al que lo mandan por tabaco. ¡Te quité í ya, Valdelomar!* Y se fue a la cola a repetir la ración, una de sus grandes debilidades. Además del Sevilla Fútbol Club.

Le decían el Cheli por aquello de la jerga. Se manejaba en ella con la soltura que da la naturalidad. Y eso le confería un marchamo -interesante entonces- de tipo conocedor de ambientes nocturnos, suburbiales, rayanos en lo clandestino. Y eso aún antes de cumplir los veinte. Con su ingenio sobresaliente habría sido un magnífico y psicodélico colega de reparto de los dos Peter -Sellers y O'Toole- en *¿Qué tal, Pussycat?*, aquella película de humor disparatado y surrealista. Reflejo de una sociedad europea

despreocupada y pudiente, ansiosa de diversión en aquellos felices y atrevidos sesenta. Atrás quedaban los laboriosos cincuenta. Algo como nos pasaba a nosotros entonces, pero con veinte años de retraso. Y Úrsula Andress, la suiza espléndida, despampanante, habría perdido su pose de gélida cariátide desternillada con sus ocurrencias. Un caradura, maestro en el sinuoso arte de la anfibología; es decir, confundir al oyente de modo que no sepa si se habla en serio o en broma; si se dice una cosa o la contraria. Ganándose de corrido a la gente. Maestro en el oficio de hacerla reír. Era El Cheli, usuario habitual -según su conveniencia o no- de esa jerigonza que no decía cambiar de sitio porque el ambiente ya diera poco de sí, sino abrirse. Y no expresaba que alguien -en el ámbito de cierta marginalidad- fuera leal en la conducta, claro en las formas, sino que iba de legal. Y no proponía que el personal saliera a divertirse, sino irse de marcha, con un matiz de comportamiento acorde -más audaz- con los tiempos novedosos que corrían. No había pandilla o grupo de amigos, sino la basca. No ocurría un suceso de súbito que afectaba a cierta multitud, sino una movida. Y si, además, el asunto terminaba en algo caótico, la movida pasaba a ser un mogollón. O si el portero de una discoteca o fiesta le dejaba pasar, solidario con su situación apurada, convencido de lo entendible de sus argumentos, no era alguien razonable, sino que se enrollaba bien. Y aquel cuya personalidad manifestaba un enfoque positivo de las cosas, una visión de la vida que resultaba atractiva, era un tío -o una tía- con buen rollo. Y así podría seguirse con flipar o lo que molaba o un vacilón o un ciego o amuermarse o tener marcha o estar colgado o ser un tío zumbado o fumarse un peta. Todo un nuevo vocabulario. Expresiones al pelo que hacían a los portadores de este lenguaje

reconocerse en su empleo como miembros de una misma cofradía. Manejo espontáneo de un novedoso código de señales sin el cual costaba ponerse en un coincidente plano de entendimiento. Jerga guerrera, un punto ofensiva entre pasota y pegamoide, revitalizadora de cierta lengua anticuada que ya no servía para tiempos de eclosión cultural. Los que se vivían. Y el uso, o no, de ese habla -ya no tan marginal como algún año antes- daba la clave: abscisa y ordenada que dibujaban la gráfica del terreno vital que pisaba cada quisque. Y todos eran Colegio Mayor.

Dejaban al filo del mediodía los trastos de estudio en la habitación antes de ir al comedor. Las limpiadoras de uniforme celeste a las órdenes de Doña Carmen se afanaban en hacer los últimos cuartos que permanecían con las puertas abiertas mientras el suelo se iba secando. A esa hora todo parecía más diáfano. Un olor a limpio -entre jabón y lejía- inundaba la planta y se advertía en la nariz ya al subir los primeros escalones. Y así, con esa aireación de las habitaciones, podía verse el decorado de cada una. Según la mentalidad del ocupante. Algunas mantenidas como el día de su estreno: paredes blancas, monacales, sin mayor aditamento que el flexo rojo. Propias de un estudiante austero, sin florituras ni pretensiones de la imaginación. Pero eran los posters, tan en boga entonces, los protagonistas de la decoración particular de cada uno. Los había de suaves paisajes que recordaban el terruño de quien la habitaba: una playa brumosa en el Cantábrico o un olivar de Jaén con un castillo dominando un cerro. O la de algún forofo de cantante famoso o grupo de pop que aparecían colgados en el tabique instrumento en mano. Entiéndase -claro está- en la acepción musical de la palabra. En otras, alguna bandera española o incluso de Falange

que contrastaban con la manida foto del Che Guevara con boina negra que presidía la estancia de algún alojado de vagas ideas revolucionarias. En esto de la política ya se sabe que la cosa de los gustos va por barrios. O aquellas que abiertas de par en par mostraban el paladar de su ocupante por lo sicalíptico. Foto de señora estupenda que dejaba al aire -artísticamente, no faltaba más- parte de su turgente anatomía. Estas fotografías, con un punto de sensualidad ligera de ropa sin llegar al calendario de taller, transmitían la idea del atrevimiento y desinhibición que sobre esta cuestión mantenía el alojado. Tarjeta de presentación, llamativa para el visitante. Sueños de seductor.

Luego estaban los deportivos, con ases mundiales según la disciplina que practicase su admirador. Los tenistas podían acompañarse de un Björn Borg o un McEnroe. Los aficionados a las dos ruedas de un Kenny Roberts exultante en la victoria. Quizás menos de un Ángel Nieto. Ya lo foráneo empezaba a estar más cotizado que lo nacional. Pero aún quedaba algún reducto donde primaba el género local. Sin ir más lejos, el cuarto de Princeton estaba adornado por un poster gigantesco de Rafael Jaén, veterano centrocampista del Sevilla Futbol Club, cordobés de nacimiento. Siendo de Córdoba extraña que su nombre de pila fuera ese. Además acompañaban al jugador de medio campo otros retratos -no tan colosales- de Scotta, San José, Bertoni o el cancerbero Superpaco en una disposición sobre las paredes de absoluta asimetría. En aquel tiempo -por diferentes razones- era infrecuente que las féminas visitasen el masculino, pero en el caso de que alguna hubiese deambulado por aquella habitación no creo que le resultara especialmente atractivo el decorado de las paredes repletas de jugadores de blanco, en

calzonas, con las manos atrás esperando el pitido inicial. No se dio el caso.

A esa hora del mediodía el gusanillo de la barriga estaba ya en pie y al dejar las carpetas en el aposento de cada uno, había como una sensación de deber cumplido, de mañana aprovechada -aunque con frecuencia no fuese tal-, como si se hubiera ganado honradamente el rancho de la jornada. Y de inmediato, a comer. Guirigay en la cola de la línea junto a la cocina. Bandeja marrón en la mano. A veces El Cheli comía con el Conquero y Princetón, vecinos de planta y correligionarios de la Escuela de Agrónomos. A Princetón le gustaba sentarse en la primera mesa al entrar, bajo la escalera que subía a la parte de arriba del comedor. Así le cogía más cerca la cocina para repetir sin tener que andar mucho. Le sacaba partido El Cheli a aquellas comidas a las que a veces se sumaban Balú, Golio o Arteaga, a la postre compañeros de carrera. Una de las aficiones principales del Cheli era darle caña a todo cristiano y era que a veces -a modo de premio colegial- la cocina sacaba tarrinas de helado Frigo como postre. Día grande para Princetón que arramblaba con todo lo sobrante. Aquel almuerzo nuestro amigo se había echado ya al bandujo la friolera de seis tarrinas de helado Frigo de vainilla. Observado por los comensales el llamativo hecho, el Cheli le retó a zamparse una séptima. Él mismo se ofreció a pedirla. Lo picó así: Princetón, *¿a que no tienes cojones de tomarte otra tarrina más?* El haber o no cojones era algo esencial en el esquema de vida de Princetón, como un santo y seña que activase en tromba todos sus resortes biológicos. Como una provocación que lo hiciese saltar la barricada *¿A que no los hay? ¿A que no los hay?* le espoleó El Cheli *¿A que no los hay de verdad?* coreó el resto *¿No va a haber cojones? ¡Hay cojones de sobra!*, contestó sobrado el muy tragón. Y entonces dijo el

Cheli: *Quédate ahí, que voy yo a pedírtela.* Se acercó a la línea. Ese día se había servido ensaladilla. Cogió un envase vacío y lo llenó de la misma. Luego lo completó con una capa de helado por encima y se fue para Princeton que aguardaba en la mesa para vencer el desafío. Alertas las fauces. *Aquí tienes el helado, Princeton,* dijo el Cheli, *pero es la séptima, ten cuidado no te vaya a sentar mal. Dámela,* contestó imperativo Princeton. Cogió una cuchara y tardó en zamparse la insólita mixtura menos tiempo que dicen tarda en persignarse un cura loco. Al terminar la pitanza dijo seguro de su acción: *Me he comido siete tarrinas de helado ¿Había o no había cojones? ¿Había o no había?* exclamó eufórico, satisfecho. Todos lo reconocieron como vencedor, pero sorprendidos sobre todo de que sus papilas gustativas no eran mucho más sensibles que las suelas rugosas de sus zapatos Gorila. Luego, en la sobremesa y como premio a la proeza, lo invitaron a un merecido cuba libre en el bar. Esta vez aceptó entrar allí, terreno desconocido para él. Después, nuestro hombre volvió a sus cuarteles de invierno en la cuarta planta del Masculino y descabezó una merecida siesta para digestión tan dificultosa. Y soñó que Héctor Horacio Scotta, el cañonero de pierna terrorífica, chutaba una falta y dejaba fulminado a un defensa de la barrera contraria que era sacado en camilla. Del Barcelona. No era gol, pero todo el Sánchez Pizjuan rugía de placer. Era finales de febrero y una temperatura agradable inundaba la habitación. Dulce sopor de párpados cerrados. La galería de jugadores sevillistas, en la pared, miraba con gesto paternal a la criatura echada sobre la cama. Princeton.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

ignaciobenju@gmail.com